

*Con esta publicación se intenta hacer conocer la obra, el pensamiento y la vida del filósofo uruguayo don Carlos Vaz Ferreira, que fue destacado maestro de varias generaciones y filósofo eminente, creador y modelador de espíritus, a la vez que reformador de métodos y sistemas.*

*Cumple Vaz Ferreira su ciclo en la tierra entre los años 1872 —15 de octubre— y 1958 —3 de enero—. Muere, pues, después de una larga e intensa actividad, que se mantuvo hasta pocos días antes de su tránsito, sereno y natural, como había sido su vida, y ocupando, a pesar de su ancianidad, el cargo de decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, que de todas las creaciones de orden superior de la cultura que concibió y realizó, fue a la que más le prodigó energía y tiempo, siendo también, entre los tantos problemas que le acuciaron, el que más preocupación, y, ya en los últimos años de su luminosa existencia, le ocasionó.*

*Sus padres fueron Manuel Vaz Ferreira, de origen portugués, y su madre, Belén Ribeiro y Freire, de ascendencia portuguesa y española, que contaban con medios de fortuna y que pertenecían a la clase media.*

*Vaz Ferreira estudió en Montevideo, ingresando a enseñanza secundaria en el año 1888, y graduándose de abogado en 1903. En el año 1895 lo encontramos ya como profesor de filosofía, a cuya actividad se dedicaba desde su adolescencia y dos años después obtuvo por concurso de oposición, la cátedra de filosofía, y publicó su primer libro —1897—. Ya en los primeros años de su iniciación, estaba poseído del "fervor de educar", como él mismo expresa en uno de sus libros y de la imprescindible necesidad de comunicación que debía existir entre maestro y alumno.*

*Aquel primer cargo en la enseñanza fue de influencia decisiva en la trayectoria vital y filosófica del crítico y del profesor universitario. Vive, así, plenamente desde su puesto, en comunicación directa con el ambiente, y al par que perfecciona su oficio de*

maestro y filósofo, se enriquece con las vivencias del mundo circundante.

¿Cuáles eran las condiciones espirituales de nuestro país, y cuáles las corrientes de pensamiento de la época? Desde el siglo XVIII, en que comienza a impartirse la enseñanza de la filosofía, no había aparecido una figura que reuniera las condiciones de inteligencia y capacidad de Vaz Ferreira, que se decidiera a dedicarse, independientemente, libre de doctrinas, escuelas y dogmas y también de influencias políticas o de grupos, a la ardua y difícil tarea del filosofar. Dos corrientes antagónicas, opuestas, excluyentes, y que no llegaron nunca a conciliarse, habían dominado, influyendo en la dirección de nuestra enseñanza. Estas fuerzas despertaron largas, grandes, acaloradas y tenaces polémicas, que se alimentaban y fortalecían por medio de la prensa o la conferencia. Ellas fueron el positivismo y el espiritualismo, que buscaban el dominio y la hegemonía y se sustentaban en corrientes y escuelas europeas, cuyos orígenes eran ya francés, o anglosajón. Uno y otro habían imperado hasta entonces, y habían dividido la cultura uruguaya, que seguía los vaivenes de los maestros que la impartían y las preferencias que éstos le imponían. En el momento en que Vaz Ferreira se iniciaba, el positivismo había perdido su vigor, y Vaz, con esa intuición genial de que era poseedor, se propuso liberarse y liberarnos de él, para que alcanzáramos una expresión original. Con él, podemos afirmar, se inicia nuestro hacer filosófico con un índice formal y libre, pues a pesar de todas sus lecturas y de sus múltiples conocimientos en las diferentes disciplinas del espíritu de todos los tiempos y lugares, llevaba en sí la fuerza, el impulso que lo llamaban a crear sin perder de vista su medio y las necesidades que de ese mismo medio surgían. Libre, pues, de doctrinas, escuelas o círculos extranjeros, de él parte, por primera vez, una labor realmente creadora. Por ello, su figura llega a ser tan importante para lo nuestro y para todos aquellos que de una u otra manera se interesan por nuestro acervo cultural, como lo es también para todo el continente, junto a los nombres de Korn, Vasconcelos, Varona o Caso o Ingenieros, que pertenecen a países americanos, hasta entonces dependientes de lo extranjero, y que elevaron su voz y trataron de dar consistencia, sentido y valor a sus respectivas naciones con las armas más puras y más altas del pensamiento en acción.

Pertenecía Vaz Ferreira a la generación del 900, formada por un grupo compacto de ciudadanos heridos en su sensibilidad más honda por los diversos problemas sociales, políticos, morales y educacionales, y que en nuestra agitada y aún no definida personalidad se sentían acuciados e instados con avidez ontológica a solucionarlos, aclararlos y definirlos. Antes que éstos y que el mismo Vaz, otros habían intentado tan laboriosa empresa, pero les faltó la fuerza del rayo que lo atraviesa todo y la voluntad de persistencia, junto a la certeza de la verdad que defendían. Fue Vaz quien, en todos aquellos problemas, presentó en forma primigenia, como necesidad esencial, como inicio, la de sostener un pensamiento propio, y como primera instancia encarar nuestra enseñanza e impartirla, acorde con el instante de esperanzas previsibles, en el devenir de lo nuestro. Así inicia su filosofar, con una manera muy original de pensar, sentir y decir, muy diferente del filosofar y pensar de los maestros que lo antecedieron. Aquéllos eran más bien que filósofos en sí mismos, divulgadores o propagadores de doctrinas de europeos, dedicados a esas disciplinas más bien que creadores o pensadores, y aunque de gran mérito y respeto y con derechos lealmente adquiridos de que se les tenga muy bien en cuenta, no alcanzaron a dar una fisonomía independiente u original, que el destino y la civilización de aquel instante ya exigían. Era hora de razonar y pensar en forma propia, sin olvidar, como expresa el mismo Vaz, "que para atacar doctrinas corrientes en nombre de otras nuevas que se creen verdaderas, se necesita sin duda independencia de criterio y carácter".

Vaz Ferreira comprendió el carácter existencial que debía tener la filosofía y las nuevas directrices que debía tomar; por ello lo consideramos un precursor auténtico de nuestra filosofía, que sus largos sesenta años de magisterio le permitieron desarrollar y ampliar, con prodigalidad inigualada, en actitud permanente de maestro y con rectoría espiritual que, hasta hoy, no ha sido superada.

Vida fecunda, muchas veces cercada en forma dramática, por fracasos, diatribas e incomprendiones, que no lograron vencer su fortaleza, debilitar su fe y abandonar la idea propuesta. Y en esa lucha, en vigilia de días y horas, fueron concretándose planes de enseñanza, creadas escuelas experimentales, impuesta la exoneración en los exámenes, y junto a esto, nuevos planteos de problemas pedagógicos, conferencias, libros, con aquel sentido fino de com-

55561



preensión, con aquella intuición, que lo empujaba a enseñar, no a saber problemas, sino a saber de los problemas, y en su afán de hacer usar de la razón, de hacer discurrir al alumno, lo incitaba a usar libremente de ella, para que cada uno, con su esfuerzo, diera sus propias soluciones y se le hicieran presentes, asimismo, sus propias, incitantes y provechosas dudas. A vivir libremente en pensamiento y acción iban dirigidos todos sus afanes, que la incompreensión de unos y la torpeza de otros, hizo decir más de una vez: presenta problemas, no da soluciones. A esto contesta Vaz: "Según algunos, enseñar a pensar bien, y por consiguiente a actuar lo mejor posible, examinando las ventajas e inconvenientes de las diversas soluciones, es «enseñar a vacilar»".

Era tiránica y agotadora su labor, pero seguía con nuevos replanteos del problema, con nuevos razonamientos, y agregando a sus preocupaciones docentes, con cálido acento personal, su intento de organizar mentes de manera que éstas no perdieran el contacto con su medio, ni dejaran inactivo el instrumento pensador. Fue su libertad de pensar, la que lo llevó a crear su sistema, no el sistema como se entiende, sino como lo entendió Vaz, "sistemas que comprenden e integran todo", es decir, con una ordenación, con una lógica de pensamiento no enclaustrado, sino libre y haciendo todos los caminos de la reflexión con libertad, vivos y actuales, según las necesidades o adontecimientos que van presentándose en el devenir de hombres y hechos.

Su pensamiento alerta, su intuición sensible, su ordenamiento de aconteceres, son los pilares con los que se acerca a la certeza que será siempre en él acción, acción de hombre con responsabilidad frente a la realidad, a la cual imprimió el acento de su moral inflexible, pero reflexiva, que le permitió tratar con purificada virtud los múltiples problemas de su activa existencia. Elegir ideas y enlazarlas con su razonamiento lógico y de acuerdo con sus convicciones morales, fue su más alta y sagrada preocupación vital. Junto a ellas, su desvelo por no perder en ningún momento el sentido práctico, concreto y dentro de un humanismo real y posible, verdadero. En ningún momento puede decirse que fueron en lo fundamental abstractos y no concretables sus proyectos. Allí están sus obras hechas realidad, que, durante años, con una tenaz, segura y firme visión, defendió, como los parques escolares, y la lucha también ardua y a veces desalentadora para que al fin sur-

giera la Facultad de Humanidades y Ciencias —1943—, que le llevó treinta largos años.

Pero Vaz, desde su hogar de estudioso en Atabualpa, hermoso barrio de Montevideo, tornando a la reflexión de su proyecto, ratificaba esto, rectificaba aquello, leía y releía y volvía en el momento que creía preciso, con tenacidad ejemplar, con su proyecto bajo el brazo, con aquella su timidez desnuda, con su voz débil, con su gesto nervioso, a la lucha y a la espera paciente de quien cree y sabe que no está equivocado, porque está guiado de "ciertos sentimientos buenos en sí y eficaces para el bien", como dice en su *Fermentario*. Y así fueron surgiendo informes y proyectos, demostrables al fin, y que admitiendo correcciones, modificaciones, nuevos planteamientos o nuevas meditaciones, pocas veces llevaron el camino de la supresión.

Al iniciar su oficio de filósofo, ya se había propuesto también renunciar a fórmulas consagradas y a soluciones ya hechas, sosteniendo y afirmando que el saber problemático no puede tener fronteras y que su estado permanente ha de ser "fermentario" y que el problema debe estar en el mismo ser, en su misma sustancia, en el existir de cada uno, con la libertad de cada uno. Libertad fue su norma en el aspecto real, social y político. Libertad en todos sus temas, ya sean los de lógica, psicología, estética o moral, y libertad su actitud frente al golpe de Estado de 1933, donde retoma con valentía, con palabra serena y medular su tema "Sobre la libertad". La democracia y la libertad son para él, las bases, los fundamentos, los principios esenciales, para la conservación y el acrecentamiento valorativo de los pueblos, para un posible futuro mejor, o como él mismo expresara, con ellos, estos países nuestros "tendrían el signo del bien".

Vaz Ferreira realizó su empresa en beneficio de la comunidad, abarcando todos los órdenes de la sabiduría, pues ya venía dotado del poder misterioso que la inteligencia superior que gobierna el cosmos, hace aparecer en el seno de las razas para sublimarlas por intermedio de esos tipos, que se llaman Sócrates, Platón, Descartes, Kant o Bergson.

Jamás un hombre tan bien conformado para el pensamiento puro se entregó con tanto afán al trabajo del pensamiento transmisible, educador, extensivo, en beneficio de sus contemporáneos, de su país, de los dominios culturales de su ámbito y su época.

*Su experiencia en los tres grados de nuestra enseñanza: primaria, secundaria y superior, fue enorme, y ocupó en ellos —dignamente— altos cargos, ya como profesor en 1888 y sucesivamente el de catedrático, maestro de conferencias, consejero, decano y rector de la Universidad en 1929 y nuevamente reelegido en los años 1935-38 y 41.*

*Sin tregua fue su ejercer de maestro, constante su preocupación ante los problemas educacionales y múltiples sus series de argumentos para sus reformas. En todas ellas, su iniciativa, su originalidad y su libertad de plantear los problemas —apoyados o combatidos— gravitaron y dieron su acento de honestidad, de tesón y de acción, elevando las categorías culturales de nuestro país allí donde su voz sencilla, clara y lógica se dejó oír.*

*Es posible que los contemporáneos no hayamos tenido la percepción clara de esto, pero una comprensión más seria de sus obras mayores nos revelarán que una modalidad excepcionalísima de genialidad filosófica hizo el despliegue delicadísimo de sus alas bien al lado nuestro, al encarnarse y enraizarse, en esa figura tan rara y frágil al parecer, que como una llama corpórea en trance de encenderse o apagarse, de encendernos o arrojarnos ceniza, transitaba a nuestro lado.*

EMILIO ORIBE.

Montevideo, 1961.